

LA REALIDAD DESESPERA

De pronto, todo ha cambiado. Una amenaza nueva y desconocida, de notable intensidad nos sumerge en el desconcierto, la confusión, las dudas, el temor. Una pandemia global, un virus incógnito e imprevisible atraviesa todas las fronteras, sin distinción, ajeno a cualquier idea de límite territorial, de razas, de religiones, de culturas e ideologías, golpea y paraliza a toda la humanidad. ¡Sí! Así de repente, de manera inesperada, el mundo entero se interrumpe por un invisible microorganismo de gran impacto que avanza en silencio, que viaja por todos los rincones de manera vertiginosa, que nos ataca y que nos somete a la necesidad de defendernos. Una enfermedad infecciosa que comenzó a propagarse en la ciudad de Wuhan, China, desconcertando a todos los expertos en salud.

“Tenemos un nombre: es covid-19”, dijo el director de la Organización Mundial de la Salud, Tedros Adhanom. A partir de allí, comenzó todo un desafío que experimentamos día a día los seres humanos de todo el planeta. Una lucha compartida en la que el encierro y el aislamiento serán nuestra única arma para ganar esta batalla y derrotar a este monstruo oculto que se interpuso entre nosotros o, por el contrario, será él quien nos termine derrotando. Nada más, ni nada menos.

Asoma un paisaje desolador. Aturde el silencio. Las miradas desorientadas, las calles desiertas, las plazas y los parques sin niños, las escuelas vacías, sin espectáculos ni fiestas. En contraposición, los contagios son masivos, los hospitales están colapsados y los médicos abatidos por el cansancio. Tropezamos indeseablemente con una cruda y triste realidad, una realidad que desespera, que nos desespera. Una situación impensada, insólita, en la que nos invade el miedo y la desesperanza. Como si fuésemos protagonistas de una película de ciencia ficción, nos sentimos como fantasmas peleando contra el viento. Impotentes, indefensos e inseguros y solo la ansiedad, el agobio y la incertidumbre se han convertido en nuestros únicos compañeros de viaje durante estos meses.

¿Cuándo terminará? ¿Y cómo terminará? ¿Será algo constante, habitual? ¿Tendremos que acostumbrarnos a convivir con este virus? Son algunos de los tantos interrogantes que se repiten, aludiendo respuestas que no tenemos, porque no hay un cuándo, no hay un cómo, tampoco hay un tiempo, de nada hay certezas, no tenemos claridad de cómo van a ser los próximos días, todo es incierto, todo es impredecible. En medio de esta encrucijada, todo se carga de significados y de un sin fin de emociones encontradas, tanto en lo individual como en lo colectivo.

¿Tenía que pasarnos esto? ¿Y por qué no? Atados a la rutina, la prisa nos convirtió en esclavos del tiempo y quizás es ésta una pausa necesaria. Nos hemos olvidado de vivir la vida, de disfrutarla, de apreciarla, de sentir la naturaleza que, por cierto, aún sin nuestra presencia, sigue su curso y no se detiene, demostrando que no somos imprescindibles en ella sino más bien que, por nuestra insaciable ambición, somos sus propios destructores. Nos hemos olvidado de agradecer, de valorar las cosas simples, de aprovechar con intensidad cada momento. Nos hemos olvidado de tantas cosas.

Irónicamente, el virus nos está dominado y deja caer nuestra capa de superhéroes para poner en evidencia nuestra fragilidad, mientras seguimos pensando que somos seres invencibles. Pero, lo cierto, es que hoy el mundo se escapa de nuestro control y lo vemos por una rotura en la venda de nuestros ojos.

Al fin y al cabo, y sin minimizar la gravedad de este asunto, todas las situaciones vividas, y más aún, cuando llegan a su punto límite, nos pueden dejar lecciones positivas. Así, las formas, pueden empezar a valorarse de aquí en más: la libertad, el sistema de salud, la educación, el espacio en el que vivimos. Algo que habrá que recordar cuando haya que defender lo importante. Es esta también una posibilidad para establecer esa igualdad social que se decía que era imposible de restaurar, fortalecer ese vínculo de solidaridad que teníamos tan postergado, y darnos cuenta de nuestras enormes equivocaciones acerca del modo en que vivimos como sociedad. Si nunca entendimos el significado de la palabra “empatía”, este es el momento de aprenderlo de manera fuerte y clara. Aislarnos y no tener contacto con el exterior nos ayuda a replantearnos sobre cómo estamos y hacia dónde vamos, qué necesitamos, qué buscamos o, sencillamente, hacer una mirada sabia hacia nuestro interior. Conocer y profundizar sobre nuestros propios sentimientos, deseos e inquietudes nos llevará a sentirnos mejor con nosotros mismos y de esa forma, a potenciar relaciones sanas con los demás.

A partir de esta emergencia sanitaria el universo será otro. Fueron y son semanas y semanas en las que se ha puesto a prueba nuestra entereza. Nos encontramos ante el escenario ideal para hacer hincapié en el valor que le dábamos a ciertas cuestiones que considerábamos importantes, pero que, en esta instancia, pasaron a otro plano. En las que no reparábamos, ahora, cobran significado y valor.

Habrá un antes y un después, tenemos una posibilidad cierta de dar un giro de tuerca a nuestro modo de vida y repensar sobre nuestro porvenir. Y de eso estoy segura, porque esta pandemia

universal, como cualquier situación extrema, nos impulsa a evolucionar y a considerar nuestras prioridades, a mirar más allá. Justo cuando sentimos que estamos en el peor momento, aparece esta facultad de crecer y de sobreponerse a las adversidades que forman parte de la vida y por molesta que sean, terminan siempre abriendo una puerta hacia un nuevo aprendizaje. Entender que siempre hay un más allá puede ser, aquí y ahora, nuestro mayor consuelo.

Cuando al fin esta pesadilla haya terminado, habrá tiempo suficiente para una reflexión más serena y profunda, que no estará marcada por la urgencia y el pánico porque aún queda mucho más por considerar, sobre todo, si nos referimos a los valores humanos.

“Y la gente se quedó en casa. Y leía libros y escuchaba. Y descansaba y hacía ejercicio. Y creaba arte y jugaba. Y aprendía nuevas formas de ser, de estar quieto. Y se detenía. Y escuchaba más profundamente. Algunos meditaban. Algunos rezaban. Algunos bailaban. Algunos hallaron sus sombras. Y la gente empezó a pensar de forma diferente. Y la gente sanó. Y, en ausencia de personas que viven en la ignorancia y el peligro, sin sentido y sin corazón, la Tierra comenzó a sanar. Y cuando pasó el peligro, y la gente se unió de nuevo, lamentaron sus pérdidas, tomaron nuevas decisiones, soñaron nuevas imágenes, crearon nuevas formas de vivir y curaron la tierra por completo, tal y como ellos habían sido curado” (Kitty O'Meara, 2020).

Necesitamos volver a estar, pero volver a estar en una nueva versión de nosotros mismos, renovados y poniendo toda nuestra confianza en que, reforzando nuestras acciones, vendrá un futuro mejor, dejando de ser lo que éramos, para ser un nuevo relato. Se trata de superar y avanzar, porque no sólo podemos, sino que, además, debemos.

Pensamientos del alma.